

ANA CONTRERAS.



PRIMERA PARTE, DONDE SE DA CUENTA Y DECLARA

como una mujer llamada ANA CONTRERAS, inducida del demonio, dió muerte á su marido y á dos hijos por amores de su galán; refierese como fueron descubiertos y ajusticiados en la ciudad de Valencia; con lo demas que verá el curioso lector.

Atemoricese el mundo,
 tiemble todo lo criado,
 montañas, bosques y riscos,
 los valles, selvas y prados;
 los mas bravos animales,
 que por los montes campando
 andan de dia y de noche
 haciendo notables daños.
 Tambien el tigre soberbio,
 tambien el leon coronado,
 las avecillas parleras
 con sus vuelos remontados
 paren sus cantos sonoros,
 y el soberbio mar salado
 con su máquina de peces
 suspéndase por un rato.
 Hombres, mugeres y niños,

atiendan mientras que canto
 la historia mas lastimosa,
 el mas horroroso estrago
 que han oido los nacidos
 y conocieron los ancianos,
 y porque sirva de ejemplo
 para los amancebados,
 es digno de referirlo
 este paso tan amargo.
 Mugeres escandalosas,
 escarmentad en estos casos,
 temed de Dios el castigo,
 dejad los trajes profanos:
 ¡ó cuantos por las mugeres
 se hallan en reinos estraños!
 otros están en presidios
 y en carceles encerrados

con cadenas y con grillos,
lentos de piojos con rabo,
maldiciendo su fortuna
y al que los ha engendrado.
Otros perdiendo sus bienes,
sus haciendas y ganados;
rodando por hospitales
del caso todos baldados:
hoy se hallan por las mugeres
el mundo atemorizado.
El hablar tan deshonesto,
que no hay por donde tomarlo;
pero á los ojos de Dios,
que todo lo está mirando
tenemos que dar la cuenta
de lo bueno y de lo malo;
aquí mi pluma se para,
que no acierto á pronunciarlo
las potencias y sentidos
parece tengo embargados,
el corazon se me anega
solo de considerarlo:
atencion, noble auditorio,
que ya voy á declararlo.
En la ciudad de Valencia
nació de padres honrados
una muger, una sierpe,
un demonio desatado,
criáronla con cariño,
y á los diez y nueve años,
tratáronla de casar
con un labrador honrado,
que tenia mucha hacienda,
galeras, mulas, ganados.
Desposaronlos alegres,
y al cabo de algunos años,
el demonio que no duerme,
porque siempre está velando,
hizo que se enamorase
de un mozo de malos tratos,
y cada vez que el marido
se iba á labrar el campo,
le daba entrada en su casa
sin temor ni sobresalto,
haciendo muchas ofensas
al Señor mas soberano,
y tambien á su marido,
que del caso descuidado
estaba: mas una tarde
que venia algo cansado;

fué á su casa y se acostó
para descansar un rato,
y Ana María que estaba
con su corazon dañado
quiso lograr la ocasion
por estar mas á su salvo.
Así que le vió dormido,
con un cuchillo en la mano,
fue donde está su marido
y la vida le ha quitado.
No paró aquí su maldad,
¡Jesus, qué hecho tan raro!
que con el mismo cuchillo
le abrió desde arriba á bajo,
el higado y la asadura
y el corazon le ha cortado
recogiendolo en un cesto,
en un clavo lo ha colgado.
Luego con gran ligereza
trajo una hacha de mano,
y la cara y la cabeza
la hizo muchos pedazos,
como si no hiciera nada
tambien le cortó los brazos,
con que á su pobre marido
todo le fué destrozando,
y dentro de una tinaja
las carnes las fue salando,
y á dos niños que tenia,
el mayor de cuatro años
soberbia les dió la muerte,
mil maldiciones echando,
diciendo: no quede en casa
rastros de aqueste malvado,
y salándolas tambien
con su padre los ha hechado,
con que la tarde y la noche
llevó en aqueste trabajo.
Apenas que fue de dia,
fué á la cocina volando,
encendió una grande hoguera
y una sarten alcanzando,
el higado y la asadura
lo hizo muchos pedazos,
con que dispuso el almuerzo
y dentro de breve rato
llamó el galan á la puerta,
y cual rayo disparado
bajó Ana María á abrir,
y los dos regocijados

subieron al punto arriba,
y una mesa preparando
para almorzar al instante.
Se sentaron lado á lado,
y almuerzan lindamente
con gran sosiego y espacio.
Dijo la dama al galan:
Ginés, bien hemos quedado,

ya puedes entrar en casa
sin estorbo ni embarazo.
Aquí, discreto lector,
se le dá fin á este caso
que en otra segunda parte
prometo finalizarlo,
para que sirva de enmienda
á quien ande en malos pasos.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije, noble auditorio
en el romance pasado
que en esta segunda parte
le daré finalizado,
y así para proseguir
á mi auditorio le encargo,
y á padres que teneis hijos,
para que tomen estado;
mirad con quien los casais,
dejad los bienes mundanos,
¡cuantos por el interés
hoy se hallaran condenados
por toda una eternidad,
sin tener ningun amparo!
Mirad que sirvan á Dios,
que es caso mas acertado:
y así voy á referirlos,
que no quiero dilatarlo:
despues de haber sucedido
lo que ya dejo explicado.
Que es lo que has hecho muger?
el galan ha replicado,
ella dijo: dar la muerte
á este picaro villano,
y la carne que tu y yo
hemos almorzado
es de su misma persona,
que con esto me ha pagado
muchos gustos y placeres
que á los dos nos ha quitado,
y lo demas de su cuerpo
aquí lo tengo salado,
y á sus dos hijos con él
para evitar el olfato,
en tanto que haya lugar
para sacarlos al campo;
ven conmigo y le verás,
y en el aposento entraron,

Vido Ginés como es cierto
lo que la dama ha contado,
al ver caso semejante
quedó confuso y turbado,
¡que corazones humanos,
no se hubieran hablandado!
pero semejantes hechos
no parecen de cristianos;
disimulando la dijo:
yo les bajaré allá abajo,
y los pondré en la bodega
hasta que pueda sacarlos.
Dijo la dama: eso no,
ni tampoco imaginarlo,
que si acaso me descuido
podrá entrar algun muchacho
y si somos descubiertos
tendremos muchos trabajos:
debajo de esta mi cama
estan mas asegurados.
¡Que bárbaros intentaron
hechos tan determinados!
pues tres dias con tres noches
los tres difuntos salados
tuvieron bajo su cama
sin ser de nadie notados.
Y al cabo de los tres dias
en un seron los echaron,
atándolo fuertemente,
al campo los han llevado,
donde hizo la sepultura,
allí los dejó enterrados.
Volviendo con su madama,
que estaba con gran cuidado;
pero como Dios permite,
y está bien averiguado,
que no ha de haber nada oculto
por escondido y tapado,

32
Este quiso que Ginés
con unas cargas de paño
saliese á buscar la vida,
á cuyo tiempo ha llegado
un labrador á labrar
donde estaban enterrados
aquellos difuntos cuerpos,
el cual vido que una mano
sale de la misma tierra.
Aunque se quedó asustado:
tomó una azada y cabó:
y á pocos pasos que á dado
encontró con un seron,
y reparando que un brazo
y una mano sale de él,
á la ciudad ha llegado
buscando al señor alcalde,
le contó lo que ha pasado.
Su merced mandó al instante
llamásen á un secretario,
y con todos sus ministros
con el labrador marcharon.
Al ver los difuntos cuerpos
se quedaron admirados
de ver caso semejante,
á la ciudad los llevaron.
al Vicario dieron cuenta,
y al punto los enterraron.
Así que corrió esta nueva,
vinieron sin ser llamados
muchos de la misma calle,
y al instante declararon
que Ginés y Ana María
andaban amancebados,
y que hace mas de cinco dias
que al marido no han hallado,
ni á sus dos hijos tampoco,
ni saben donde han parado;
por cuyas declaraciones
á la cárcel la llevaron.
Vamos buscando á Ginés,
que del caso descuidado
llegó á posar á una venta,
y al ventero ha preguntado
si sabe algunas noticias;
el ventero ha replicado:

aquí no sabemos mas
que Ana María y su guapo
dieron muerte á Juan Martz.
y en el campo lo enterraron,
y á sus dos hijos con él,
y un hombre los ha hallado.
Al oír estas razones
quedó confuso y pasmado:
sacó á la calle sus bestias,
las cargas allí dejando,
fingiéndose iba á dar agua,
tomó un camino entremanos!
pero quiso Dios del cielo
que venia practicando
de aquella misma ciudad
dos ministros y un paisano.
Así que lo conocieron
entre los tres lo agarraron;
ataronle fuertemente
y á la cárcel lo llevaron,
donde lo cargan de hierro
para mas asegurarlo.
Por no querer confesar
al tormento los plantaron,
y apretando los cordeles,
al instante declararon,
Los metieron en capilla,
á los tres dias llegados,
por las calles de aquel pueblo
los sacaron arrastrando,
llegaron hasta el suplicio,
los subieron á lo alto
les mandan decir el Credo,
y contritos lo empezaron,
al decir creo en Jesucristo
el toruillo le apretaron.
De esto tomen escarmiento
todos los amancebados,
atendiendo que la muerte
siempre nos está llamando,
y que hemos de dar la cuenta
al Señor mas soberano.
Y aquí el poeta, señores,
á Dios queda suplicando
que nos dé su bendicion,
y despues la gloria en pago.

FIN.

CARMONA:—Imprenta de D. J. M. Moreno, Descalzas núm 1.